

—Desde el mismo centro—

Escuchemos a los jóvenes

“Los jóvenes hoy en día son unos tiranos. Contradicen a sus padres, devoran su comida, y le faltan el respeto a sus maestros”
Sócrates (470 - 399 ad C)

Por JULIÁN RIGAU

Silencio, silencio, silencio... ¿cuántos siglos más para juicios e improperios?... Ahora, dejemos hablar a los jóvenes, que expresen y planteen sus preocupaciones, opiniones... aunque los adultos no este-mos de acuerdo, no debe-mos temer sus manifesta-ciones, porque nada que-dará oculto; todo, todo se sabrá, si no en el presente, el futuro lo evidenciará. Dejemos el espacio nece-sario; recuerden, jóvenes fuimos y reprimieron nuestras voces, nuestra viva expresión, esa necesi-dad de decir, proponer, compartir sabiduría joven y vitalidad generacional, preñada de experiencia joven, pronto a dar a luz.

Cuántas veces acompa-ñamos o coreamos en los ambientes de la secunda-ria básica o preuniversita-rio, escuela al campo, ser-vicio militar obligatorio, ambientes paradójicos de paz y conflictos, solidari-dad y delación, esperanzas

y angustias, aquella can-ción, puesta en moda de los sesenta: *“porque soy joven me dicen que no pueden darme aún, sobre el mundo un buen lugar para vivir yo él... dicen que debo esperar, permanecer tranquilo y feliz, aguardar y estar siempre conforme, no intentar co-*

rrer demasiado” y ¿cuándo vamos a satisfacer el ansia de la juventud actual? si ya rebasamos la quinta década los que con cabellos largos desafiábamos costumbres, imposiciones, prejuicios y hasta perjui-cios a la integridad perso-nal, pues queríamos debu-tar responsablemente en



el futuro próximo apenas dos o tres años más.

Es ahora cuando nos corresponde dejar a ellos y ellas, los jóvenes del presente, un espacio de protagonismo donde puedan sentirse realizadores de sueños y dueños del futuro inmediato como conductores, *decididores* y ejecutores de una nueva sociedad a la que hemos aportado – los mayores- sabiduría y experiencia; evitando en la retirada las mismas causas e iguales efectos por lo que nos mutilaron y amordazaron; antes, forjemos junto a los jóvenes una nueva realidad, un mundo mejor donde sean transformadas las estructuras de muerte, competencia y poder... en una realidad donde podamos: “tener vida y vida en abundancia”, lleguemos: “los últimos a ser los primeros” y consolidemos el ejercicio de la verdadera autoridad que “viene a servir y no a ser servido”.

Hubo un joven en Galilea, joven bueno, trabajador y libre, cuya fuerza de convicción inquietó a poderosos y ricos hasta el punto de ofrecer 30 monedas a cambio de la traición fratricida, tras el intento de sofocar su fuego; pero victorioso, resucitó de la sombra para estar con nosotros hasta el final de los tiempos. Así de pequeño le resultó el mundo de

entonces, que a los confines llevó su mensaje de paz, justicia y fraternidad. Como a Jesús de Nazaret, al joven de hoy le resulta reducido el lugar asignado, reconoce en las propuestas obsoletas y programas decadentes los frutos del paternalismo y manipulación, siente tener capacidad y fortaleza para alcanzar su realización personal, familiar y comunitaria, que inclinarían a nuestra cultura a una nueva forma de ver y hacer la vida, de reconquistar la fe en el mejoramiento humano, en la fuerza de lo pequeño y en un nuevo orden, donde nadie quede fuera, donde todos y todas ocupen un lugar sin privilegios ni exclusiones.

Cambiamos, dejemos los viejos esquemas de intolerancia e imposición, declaremos un tiempo de gracia, adoptemos una actitud de escucha, demos espacio al diálogo y el debate para que los jóvenes puedan expresar sus anhelos, diseñar la sociedad de sus sueños y evaluar la ejecutividad de sus propuestas. ¿A cuántos hemos preguntado sobre sus aspiraciones? Descubramos las cortinas y miremos a la realidad, ¿conocemos sus dificultades, sus problemas, sus contradicciones...?

Les aseguro, muchos anhelan ejercer su profe-

sión u oficio a cambio de una remuneración justa y suficiente para satisfacer sus necesidades humanas fundamentales, fundar una familia a contrapelo de la deshecha experiencia con sus ascendientes y poder contribuir a la transformación integral de la sociedad hacia nuevas formas de participación democrática con el ejercicio pleno de sus deberes y derechos sociales, económicos y políticos. La cuantificación de los que piensan así, no es tan determinante como la urgencia de garantizar las condiciones que lo permitan; estamos a tiempo, la morosidad en ello agravaría la situación porque otros también expresan que: “tenemos que irnos porque nada se puede arreglar” lo cual denota falta de conocimiento objetivo de cómo viven y luchan los jóvenes de otras latitudes, de los daños por la crisis mundial y la falta de oportunidades por la deshumanización de las políticas neoliberales; salvemos a nuestra juventud del espejismo de los medios de comunicación porque:

“El alma de un joven vale más que todo el oro del mundo”.

Mons. José Cardijn (1882-1967)

